

**Julien Gracq**  
**LA CASA**

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2024

TÍTULO ORIGINAL: *La Maison*

© Éditions Corti, 2023

© de la traducción, Vanesa García Cazorla, 2024

© de esta edición, Editorial Periférica, 2024. Cáceres

info@editorialperiferica.com

www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-99-6

DEPÓSITO LEGAL: CC-44-2024

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Una docena de kilómetros antes de llegar a A., la carretera principal, que allí comienza a descender suavemente a través de unas bajas mesetas de generosas ondulaciones hacia el valle del río M., discurre, a lo largo de medio kilómetro, por una mancha leprosa en mitad de un paisaje boscoso, una superficie campestre hostil y desierta en grado sumo. En aquel entonces, durante la Ocupación alemana, viajaba casi todas las semanas desde V. hasta A. en el autocar, destartalado, abarrotado y

con olor a cerrado, que aún las unía, y, estando de pie, igual que casi siempre, en el pasillo, en el que los viajeros íbamos hacinados como sardinas en lata, era raro que, pasado el adoquinado, lleno de baches, del pueblecito de G., un secreto raptó de curiosidad no me hiciera agachar la cabeza para mirar a través de la empañada ventanilla con el fin de atisbar, en un recodo de la carretera, la desembocadura, que ahora conozco tan bien, de una honda vereda, el robledal y el mojón blanco desde el cual comenzaba la visión del paisaje más repulsivo, desolado y de lúgubre uniformidad que creo haber visto en mi vida.

Me sería difícil decir qué singularidad manifiesta atraía cada vez mi mirada con semejante magnetismo hacia aquella zona estrecha, pareja al araño de un dedo malévoló por entre unos sembradíos ordinarios y feraces. En resumidas cuentas,

apenas si era eso que en Poitou habrían llamado *barzal*, una enmarañada superficie de arboledas de robles y castaños desmedrados que primero ascendía por una suave cuesta desde la carretera y luego, más allá de una hondonada muy abierta, se elevaba hacia el horizonte por una pendiente más acusada, hasta llegar a una línea de rocas de arenisca blanquecina que acababa por romper la fina película del suelo. Un erial, el erial, eso sí, más rebelde al hacha, el más abandonado que se pueda imaginar. En mis recuerdos, aun remon-tándome al más lejano, nunca lo he visto verdear. Con su hirsuta broza, a la vez compacta y enfermiza; sin senderos ni veredas; con su leñoso suelo tapizado de hojarasca podrida; con aquellos robles enanos, que, alzando barricadas a unos pasos de la carretera con sus retorcidas y adustas ramas, impedían ver lo que había en

las profundidades, y, en todas las estaciones, desvaído por una apagada grisura caliza del color polvoriento de una tierra de brezos y hojas secas, aquello era un baldío de lo más miserable y malsano, una tierra *yerma* de la que la mirada se habría apartado como si de una sanies se tratara de no haber sido por el inesperado edificio, acaso a unos trescientos o cuatrocientos metros de la carretera, que amedrentaba a aquella fronda calcárea y nocturna como si fuera una bestia pesada acechando, solapada y avizora, en mitad de aquellas soledades.

La casa, inesperada como digo, pues en aquel rincón, el peor de un paisaje sordo y mudo, semejaba, divisada desde la carretera, una de esas mansiones pretenciosas y de aspecto mediocre que el nuevo siglo ha multiplicado en las playas de segunda categoría. La construcción, demasiado

alta para su anchura, estaba estrujada entre dos *avant-corps* que rebasaban ligeramente el frontispicio y que, bajo un voladizo de pizarra, muy prominente y sostenido por una carpintería tallada de manera tosca, estaban rematados por dos afilados hastiales, cada uno de ellos horadado, en lo alto del tejado de la fachada, por sendos agujeros negros: los de dos ventanas abiertas. Vuelvo a ver la casa bajo el cielo entoldado e inmóvil de aquella tarde de octubre en que me vino al pensamiento la idea de que algún día tendría que acercarme a visitarla. Desde la carretera parecía estar estrechamente encajonada en la espesura, hundida en las profundidades de las ramas como una barca sobrecargada en el fondo del mar. Únicamente asomaban la parte superior de las ventanas del piso de arriba, la línea de la techumbre y, con mayor claridad, los dos cuerpos salientes,

que alzaban sus hastiales y sus vigilantes ventanas, y, por encima de la superficie de matorrales, muy homogénea y levemente inclinada, la vista, que, desde el autocar, se encontraba a la misma altura que aquéllas, en el acto se sentía imantada por ellas lo mismo que, al deslizarse por la pendiente de un glacis, se eleva por todos lados atraída hacia la achaparrada mole del fuerte que la vigila. La casa *batía* toda aquella extensión aleonada y bermeja.

No obstante, sumada a aquella primera y confusa impresión de alerta –impresión de todo punto instintiva de la presencia en la maleza de una fiera agazapada que levantaba la cabeza lo justo para poder rastrear los alrededores con la mirada–, cundió en mí una sensación asimismo vívida de que había un no sé qué grotesco que rayaba en lo ridículo, una especie de fantasía mezquina y triste. Todo



en aquel irrisorio edificio de recreo infundía un sentimiento de abandono y de precoz decrepitud: el crecimiento salvaje de los embrollados ramajes que golpeaban los muros por doquier; la calidad pobre y ruin de toda la mampostería; el deterioro de las ventanas, en parte arrancadas; la carpintería, desvencijada, desprovista de pintura, clareada y blanqueada por la lluvia desde mucho tiempo atrás, del color de una osamenta seca manchada por los sucios regueros de las precipitaciones. Larvaria, inhabitable, torcida, solapada, dormida allí a plena luz del día como un murciélago aferrado a unas ramas secas, aprisionada por aquel bosque, propio de una pesadilla, en el que nadie podría imaginar siquiera el gorjeo de un pájaro, y, aun así, turbiamente viva por la ciega mirada de sus dos ventanas, diríase que era el lugar de cita predilecto de un

Cazador Negro, la casa donde uno elegiría ahorcarse, un refugio para la más funesta viudedad. Tras un buen rato creyendo que la había perdido de vista, una ondulación del terreno en la sinuosa carretera la devolvió al horizonte del bosque, y la veía virar lentamente en función de los meandros de la vía; aparecía de tres cuartos, luego casi de perfil, con sus dos hastiales plegados uno sobre otro, casi tocándose, y, sobre la luz blanca se dibujaba entonces la filigrana, casi invisible, de una veleta descoyuntada; a continuación, un desnivel del terreno brindaba una vez más el ameno paisaje de unos sembrados, y el rumor de las voces campesinas, que siempre se apagaban al pasar por aquellas landas ociosas, parecía adquirir un tono más alto.

Semana tras semana –alzándose entre la bruma o tocada por la luz de yeso de